

PEQUEÑO PAÍS
GAËL FAYE



Galardonado con el prestigioso Goncourt des Lycéens, entre otros muchos premios, este «pequeño libro» fue la sensación literaria en Francia en 2016. Su desgarradora belleza, su honda melancolía y su intenso dramatismo conquistaron el corazón de miles de lectores, un fenómeno extraordinario que ha generado una venta de más de setecientos mil ejemplares hasta la fecha. Hijo de una ruandesa tutsi y un empresario francés instalado en Burundi, Gaby tiene diez años y se pasa el día con su panda de amigos en las calles de Buyumbura, un escenario propicio a todo tipo de aventuras: robar mangos en los jardines del barrio, fumar a escondidas, descubrir la pasión por los libros en la casa de una extravagante vecina y bañarse en el río al atardecer. Un paraíso que empieza a resquebrajarse con la separación de sus padres y luego se rompe en mil pedazos con la irrupción de la guerra, que provoca una marea incontenible de odio y violencia que lo impregna todo y obliga a Gabriel y su hermana a marcharse a Francia. Dos décadas después, aquel niño convertido en hombre regresa a su pequeño país y rememora los tiempos felices: el perfume de los árboles frutales y las plantas aromáticas, los paseos vespertinos entre los setos de buganvillas, las noches en vela tras un mosquitero agujereado, las termitas los días de tormenta, las reuniones secretas en la furgoneta abandonada. Una existencia sencilla, apacible, banal, cuyo recuerdo impulsa a Gabriel a dejar constancia de que aquel mundo existió, que fue una realidad hasta que los hombres y mujeres que lo habitaban se vieron obligados a tomar partido y aniquilarse mutuamente o a exiliarse en otras latitudes. El tono intimista y lírico a la vez denota la experiencia como letrista y compositor de Gaël Faye, que con esta espléndida novela nos transporta al corazón del continente africano para con-

tarnos lo que sucede cuando la Historia se introduce en nuestras vidas para cambiarlas de forma irreparable.

Para Jacqueline

Prólogo

La verdad es que no sé cómo comenzó esta historia.

Papá, sin embargo, nos lo había explicado todo un día en la camioneta.

—Mirad, en Burundi sucede como en Ruanda. Hay tres grupos diferentes, se llaman etnias. Los hutus son los más numerosos, son bajitos y tienen la nariz ancha.

—¿Como Donatien? —le pregunté yo.

—No, él es zaireño, no es lo mismo. Como nuestro cocinero, Prothé, por ejemplo. También están los twa, o sea, los pigmeos. Ellos, bueno, dejémoslo, solo son unos pocos, digamos que no cuentan. Y luego están los tutsis, como mamá. Son mucho menos numerosos que los hutus; son altos y flacos, con la nariz fina y nunca se sabe lo que se les pasa por la cabeza. Tú, Gabriel —añadió mi padre señalándome con el dedo—, eres un auténtico tutsi, nunca se sabe lo que piensas.

Tampoco yo sabía qué pensar. Al fin y al cabo, ¿qué podía pensar uno de todo aquel lío? Así que le pregunté:

—¿La guerra entre los tutsis y los hutus es porque no tienen el mismo territorio?

—No, no es eso, están en el mismo país.

—Entonces... ¿no hablan la misma lengua?

—No, la lengua que hablan es la misma.

—Entonces, ¿es porque no tienen el mismo dios?

—Sí, sí tienen el mismo dios.

—Entonces... ¿por qué están en guerra?

—Porque no tienen la misma nariz.

La conversación se detuvo ahí. De veras que aquel asunto era muy extraño. Creo que papá tampoco lo entendía muy bien. A partir de aquel día, empecé a fijarme en la nariz y en la estatura de la gente por la calle. Cuando íbamos de compras al centro de la ciudad, con mi hermana pequeña, Ana, intentábamos adivinar discretamente quién era hutu y quién tutsi. Murmurábamos:

—Ese del pantalón blanco es un hutu, es bajito y tiene la nariz ancha.

—Ajá, y el de allí, con sombrero, es altísimo, muy delgado y con la nariz muy fina, ese es un tutsi.

—Y ese de ahí, el de la camisa a rayas, es un hutu.

—Qué va, míralo, es alto y flaco.

—Sí, pero ¡tiene la nariz ancha!

Ahí fue cuando empezamos a dudar de aquella historia de las etnias. Y además papá no quería que habláramos de eso. Para él, los niños no debían entrometerse en política. Pero no podíamos evitarlo. Aquella extraña atmósfera crecía de día en día. Hasta en la escuela los compañeros de clase comenzaron a pelearse en el patio tildándose de hutus o de tutsis. Durante la proyección de *Cyrano de Bergerac*, incluso se oyó a un alumno decir: «Mirad, con esa nariz, es un tutsi». Algo diferente flotaba en el aire. Tuvieras la nariz que tuvieras, podías olerlo.

Este regreso me obsesiona. No hay día en que el país no me venga a la memoria. Un ruido furtivo, un olor difuso, una luz en la tarde, un gesto, a veces un silencio basta para despertar el recuerdo de la infancia. «Allí no vas a encontrar nada, aparte de fantasmas y un montón de ruinas», no deja de repetirme Ana, que no quiere volver a oír hablar de ese «maldito país». La escucho. Y la creo. Siempre ha sido más lúcida que yo. Entonces desecho la idea. Y decido de una vez por todas que nunca regresaré allí. Mi vida está aquí. En Francia.

Ya no habito en ninguna parte. Habitar significa fundirse carnalmente con la topografía de un lugar, con las anfractuosidades del entorno. Y aquí no me sucede nada de eso. Solo estoy de paso. Alquilo. Anido. Ocupo. La mía es una ciudad dormitorio funcional. Mi apartamento huele a pintura fresca y a linóleo nuevo. Mis vecinos son completos desconocidos, a los que uno evita cordialmente en la escalera.

Vivo y trabajo en la Región parisina. Saint-Quentin-en-Yvelines. Línea RER C. Una ciudad nueva, como una vida sin pasado. He necesitado años para integrarme, como suele decirse. Para tener un empleo estable, un apartamento, tiempo libre, amistades.

Me gusta conocer gente por internet. Historias de una noche o de varias semanas. Las chicas con las que salgo son todas diferentes, más guapas unas que otras. Me embriaga escucharlas hablar de sí mismas, oler el perfume de sus cabellos, antes de abandonarme a la suavidad de sus brazos, de sus piernas, de sus cuerpos. Ninguna de ellas deja de hacerme la misma pregunta lacerante y, por cierto, siempre en la primera cita: «¿De dónde eres?». Una pre-

gunta banal. Una formalidad. Un paso casi obligado para ir más allá en la relación. Mi piel de color caramelo hace que suela verme forzado a mostrar mi buena voluntad hablando de mi pedigrí. «Soy un ser humano». Mi respuesta las irrita. Sin embargo, no lo hago para provocarlas. Tampoco para parecer pedante o un filósofo. Desde que medía apenas tres palmos decidí que nunca más iba a definirme.

La velada prosigue. Mi técnica está bien engrasada. Ellas hablan. Les gusta que las escuche. Yo me empapo. Me inundo. Me sumerjo en una bebida fuerte y me libero de mi sinceridad. Me convierto en un cazador temible. Las hago reír. Las seduzco. Vuelvo al tema de los orígenes solo para divertirme. Cultivo deliberadamente el misterio. Juego al gato y al ratón. Respondo con frío cinismo que mi identidad carga con el peso de los cadáveres. Ellas no responden. Quieren frivolidad. Me miran con ojos de gacela. Yo las deseo. A veces se me entregan. Me toman por un tipo original. Solo las divierto durante un tiempo.

Me obsesiona este retorno, lo pospongo indefinidamente, lo mando cada vez más lejos. Tengo miedo a encontrarme con verdades enterradas, con pesadillas dejadas en el umbral de mi país natal. Durante la noche, en sueños; de día, con el pensamiento; hace veinte años que regreso a mi barrio, a aquel tiempo suspendido en el que vivía feliz con mi familia y mis amigos. La infancia me ha dejado marcas con las que no sé qué hacer. En los días buenos me digo que es de ellas de donde nacen mi fuerza y mi sensibilidad. Cuando he llegado al fondo de la botella, veo en ellas la causa de mi inadaptación al mundo.

Mi vida se parece a una larga divagación. Todo me interesa. Nada me apasiona. Me falta la sal de las obsesiones. Soy de la estirpe de los indolentes, pertenezco a esa media perezosa. A veces me pellizco. Me observo a mí mismo en sociedad, en el trabajo, con mis compañeros de oficina. ¿Seguro que ese tipo del espejo del ascensor soy yo? ¿Ese muchacho que está junto a la máquina de café y que se

obliga a reír? No me reconozco. Vengo de tan lejos que todavía me asombra estar aquí. Mis colegas hablan del tiempo o de un programa de la tele. Ya no los escucho. Me cuesta respirar. Me estiro el cuello de la camisa. Me siento oprimido. Observo mis zapatos lustrados, brillan, me devuelven un reflejo desalentador. ¿En qué se han convertido mis pies? Se esconden. Nunca he vuelto a verlos pasearse al aire libre. Me acerco a la ventana. El cielo está cubierto. Cae una llovizna gris y viscosa, no hay ningún árbol de mango en el pequeño parque encajonado entre el centro comercial y las vías del ferrocarril.

Esta tarde, al salir del trabajo, corro a refugiarme en el primer bar, frente a la estación. Me siento delante del futbolín y pido un whisky para celebrar mis treinta y tres años. Intento localizar a Ana en su móvil, no me responde. Me obstino. Marco su número varias veces. Al final me acuerdo de que está de viaje de negocios en Londres. Quiero contarle, hablarle de la llamada telefónica de esta mañana. Eso tiene que ser una señal del destino. Debo regresar allí. Aunque solo sea para aligerarme el corazón. Para zanjar de una vez por todas esta historia que me persigue. Cerrar la puerta tras de mí para siempre. Pido otro whisky. El ruido de la televisión que está sobre la barra se impone por un instante sobre el curso de mis pensamientos. Un canal de noticias difunde una serie de imágenes de seres humanos que huyen de la guerra. Observo sus embarcaciones improvisadas llegando a suelo europeo. Los niños que descenden de ellas están ateridos de frío, hambrientos, deshidratados. Se juegan la vida sobre el tapete de la locura del mundo. Yo los miro, instalado confortablemente aquí, en la tribuna presidencial, con un whisky en la mano. La opinión pública pensará que han huido del infierno en busca de El Dorado. ¡Memeces! Nada en ellos nos habla de su país. La poesía no es información. Sin embargo, es lo único que el ser humano retendrá de su paso por la tierra. Aparto la mi-

rada de esas imágenes que hablan de lo real, pero no de la verdad. Quizá esos niños la escriban, algún día. Me siento tan triste como el área de descanso vacía de una autopista en invierno. Cada vez es lo mismo, el día de mi cumpleaños una pesada melancolía se abate como lluvia tropical sobre mí cuando vuelvo a pensar en papá, en mamá, en los amigos, y en aquella fiesta de hace siglos alrededor del cocodrilo destripado al fondo del jardín...

1

Nunca sabré las verdaderas razones de la separación de mis padres. Sin embargo, debió de existir entre ellos un profundo malentendido desde el comienzo. Un defecto de fabricación en su encuentro, un asterisco que nadie vio o quiso ver. Antes de eso, mis padres eran jóvenes y hermosos. Unos corazones tan henchidos de esperanza como el sol de la independencia. ¡Había que verlos! El día de su boda, papá no acababa de creerse que al final le hubiera puesto el anillo en el dedo. Sin duda él tenía cierto encanto, un encanto paternal, con sus penetrantes ojos verdes, los cabellos castaños con reflejos rubios y la estatura de vikingo. Pero no le llegaba a mamá a la suela del zapato. Ella tenía unas piernas largas y delgadas que hacían asomar fusiles en la mirada de las mujeres y entreabrían persianas en la de los hombres. Papá era un francesito del Jura, llegado a África por casualidad para realizar el servicio civil. Provenía de un pueblecito de la montaña que podría haber pasado por un paisaje de Burundi, pero en él no había mujeres con el porte de mamá, juncos de agua dulce de silueta torneada, bellezas de piel negra como el ébano y grandes ojos de vaca watusi, esbeltas como rascacielos. ¡Había que oírlos! El día de su boda, una rumba despreocupada escapaba de las guitarras mal afinadas y la felicidad tenía ritmo de chachachá bajo un cielo salpicado de estrellas. ¡Todo estaba claro! ¡No había nada más! Amar. Vivir. Reír. Existir. Siempre adelante, sin detenerse, hasta el final de la pista e incluso un poco más allá.

Solo que mis padres eran unos adolescentes a los que súbitamente se les pide que se conviertan en adultos responsables. Apenas estaban saliendo de la pubertad, de la efusión de las hormonas, de las noches en blanco y ya tenían que librarse de los cadáveres de botellas apuradas hasta el fondo, vaciar de colillas de porros los ceniceros, guardar en sus fundas de plástico los vinilos de rock psicodélico y doblar los pantalones de campana y las camisas indias. Había sonado el timbre. Los hijos, los impuestos, las obligaciones y los problemas llegaron pronto, demasiado pronto, y con ellos las dudas y los cortes de carretera, los dictadores y los golpes de Estado, los programas de ajuste estructural, la renuncia a los ideales, las mañanas en las que resultaba difícil levantarse y el sol que avanzaba cada día un poco más sobre su cama. La realidad se impuso. Ruda. Feroz. La despreocupación del comienzo se transformó en una cadencia tiránica, como el implacable tictac de un péndulo. La cotidianidad llegó como un boomerang y mis padres recibieron su golpe en pleno rostro, y comprendieron que habían confundido deseo y amor. Y que cada cual se había inventado las cualidades del otro. No habían compartido sus sueños, tan solo sus ilusiones. Cada uno de ellos tenía su sueño, un sueño propio, egoísta, y no estaba dispuesto a cumplir las expectativas del otro.

Pero el tiempo anterior a todo eso, antes de lo que voy a contar y de todo lo demás, fue el de la felicidad, el de la vida sin explicaciones. La existencia tal como era, tal como siempre había sido y como a mí me gustaría que siguiera siendo. Un dulce sopor, apacible, sin mosquitos que vengan a zumbarte en la oreja, sin esa lluvia de preguntas que ha terminado tamborileando sobre mi cabeza. En ese tiempo feliz, si me preguntaban «¿Qué tal?», yo siempre respondía «¡Muy bien!». Puro tictac. La felicidad te impide reflexionar. Fue después cuando me puse a considerar la cuestión. A sopesar los pros y los contras. A esquivar, a opinar vagamente sobre *el jefe*. Por otra parte, todo el país se

había puesto a ello. La gente solo respondía con un «Tirando». Porque la vida ya no podía ir muy bien después de todo lo que nos había pasado.

2

Creo que el principio del fin de la felicidad se remonta a aquel día de San Nicolás, en la gran terraza de Jacques, en Bukavu, en Zaire. Visitábamos al viejo Jacques una vez al mes, se había vuelto una costumbre. Ese día, mamá nos acompañó y eso que hacía varias semanas que casi no hablaba con papá. Antes de irnos, pasamos por el banco a cambiar divisas. Al salir, papá dijo: «¡Somos millonarios!». En el Zaire de Mobutu, la moneda se había devaluado tanto que se compraban vasos de agua potable con billetes de cinco millones.

En cuanto se llegaba al puesto fronterizo, se cambiaba de mundo. La contención burundesa cedía paso al tumulto zaireño. En aquella muchedumbre bulliciosa, la gente charlaba entre sí, se interpelaba, se increpaba como en una feria de ganado. Niños alborotados y mugrientos no les quitaban ojo a los retrovisores, los limpiaparabrisas y a las llantas embarradas por las salpicaduras de los charcos de agua estancada; la carne de cabra se vendía en brochetas por unas cuantas carretillas de dinero; madres solteras que driblaban entre las filas de camiones de mercancías y de minibuses, pegados unos a otros, parachoques contra parachoques, intentando vender a toda prisa huevos duros que se comían con sal gruesa y cacahuets picantes en bolsas; mendigos con las piernas retorcidas como sacacorchos por la polio, que pedían algunos millones para poder sobrevivir a las desagradables consecuencias de la caída del muro de Berlín; y un predicador, de pie sobre el capó de su Merce-

des desvinculado, que anunciaba a voces la inminencia del fin del mundo, sosteniendo en la mano una biblia en suajili encuadrada en piel de serpiente pitón real. En la garita herrumbrosa, un soldado adormilado movía con desgana un espantamoscas. Los efluvios del gasóleo, mezclados con el aire caliente, resecaban la garganta del funcionario, que llevaba lustros sin cobrar. En las carreteras, inmensos cráteres que ocupaban el lugar de los antiguos baches maltrataban a los vehículos, pero eso no impedía de ninguna manera que el aduanero inspeccionara meticulosamente cada uno de esos coches para verificar la adherencia de los neumáticos, el nivel del agua del motor, el buen funcionamiento de los intermitentes. Y si el vehículo no mostraba ninguno de los fallos esperados, el aduanero exigía al conductor un libro de bautismo o de primera comunión para poder entrar en el territorio.

Aquella tarde, harto de resistir, papá terminó por entregar la mordida que todos aquellos absurdos requisitos perseguían. La barrera se alzó al fin y proseguimos nuestro camino entre la humareda que emanaba de las fuentes de agua caliente situadas al lado de la carretera.

Entre la pequeña ciudad de Uvira y Bukavu, nos detuvimos en varias cantinas para comprar frituras de banana y cucuruchos de termitas fritas. Sobre la entrada de esos turgios había todo tipo de letreros caprichosos: El Fouquet de los Campos Elíseos, *Snack-bar Giscard d'Estaing*, Restaurante Celebraciones Como en Casa. Cuando papá sacó su Polaroid para inmortalizar aquellos carteles y celebrar la inventiva local, mamá chasqueó la lengua y le reprochó que se maravillara ante un exotismo para blancos.

Después de haber estado a punto de aplastar a multitud de pollos, patos y niños, llegamos a Bukavu, una especie de jardín del Edén a orillas del lago Kivu, vestigio *art déco* de una ciudad antiguamente futurista. En casa de Jacques, la mesa estaba puesta, lista para recibirnos. Había encarga-